HERNAN CORTÉS,

CUADRO DRAMÁTICO

EN UN ACTO, ORIGINAL Y EN VERSO,

DE

DON CÁRLOS JIMENEZ-PLACER.

MADRID:
EL TEATRO Y ADMINISTRACION LÍRICO-DRAMÁTICA.
OFICINAS: PEZ, 40, 2.º
1867.

HERNAN CORTÉS.

(CUADRO DRAMÁTICO.)

HERNAN CORTÉS,

CUADRO DRAMÁTICO

EN UN ACTO, ORIGINAL Y EN VERSO,

DE

DON CÁRLOS JIMENEZ PLACER.

Representado por primera vez, con extraordinario éxito, en el teatro de Variedades, en la nocha del 18 de Noviembre de 1867.

MADRID:
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, CALVARIO, 18.
1867.

PERSONAJES.		ACTORES.
BEATRIZ (penitente)..	SRAS. D.ª	ENRIQUETA LIRON.
INÉS................		MARIA RUIZ.
HERNAN CORTÉS....	SRES. D.	JOSÉ MATA.
MIGUEL QUIJADA....		ANTONIO PIZARROSO.
FRAY PEDRO DE ZALDIVAR, abad de San Isidro del Campo....		MANUEL VEGA.
MARTIN CORTÉS....		JUAN MELA.
PEDRO ASTORGA. ..		RICARDO CALVO.

Castilleja de la Cuesta. 2 de Diciembre de 1547.

Á LA MEMORIA

DEL INFORTUNADO ARTISTA ESPAÑOL,

D. CÁRLOS MARIA ESQUIVEL,

Su amigo del corazon,

El Autor.

ACTO ÚNICO.

Sala de la casa que poseia el jurado de Sevilla Don Alonso Rodriguez en Castilleja de la Cuesta.—Tres puertas: una en el muro lateral de la derecha (actor) que conduce á la calle, y dos en el de la izquierda que dan al interior de la casa: la segunda de ellas con cortina.—Una ventana que promedie la pared del foro, dejando ver otro muro bajo, iluminado por el sol poniente. Sobre el dintel de la ventana, una vara de hierro, y cogida en ella una tela oscura.—En segundo término derecha, un lecho de nogal de época con colgadura, en la que habrá bordado el escudo de Cortés.—Al lado opuesto, frente á la cama y contra la pared del foro, un reclinatorio tambien de nogal, tallado, gótico, y sobre él un retablo de puertas, con las pinturas de una Vírgen, un San Pedro y un San Pablo, estilo flamenco.—Una mesa y dos sillones de brazos con asientos y espaldar de baqueta, uno á cada lado de aquella, de época, en el primer término izquierda; y sobre la mesa un crucifijo, un tintero, papeles, libros en pergamino, una esfera y cartas geográficas.—Colgado del muro lateral de la derecha, entre la puerta de salida y el lecho, un trofeo de armas indias del tiempo de la conquista.—Algunos bancos prudencialmente distribuidos por la escena.

Al levantarse el telon, se dejará oir durante algunos instantes la armonia lejana de un laud. Inés, que aparece sentada en el sillon contíguo á la mesa, con

los brazos apoyados en ella, y sobre sus brazos la ca beza, dice como despertando:

ESCENA PRIMERA.

INÉS.

Aun es de dia.—Los ojos
se me cierran sin querer.
(Se levanta.)
Un mes hace que llegamos
á Castilleja, y un mes
que nada evita el rigor
de la enfermedad cruel
que amortigua la existencia
del egregio Hernan Cortés.
(Se dirige á la ventana, y mirando por ella dice:)
Allí está: del sol poniente
con anhelo se le ve
disfrutar. El tibio rayo
sobre su frente al caer,
aun presta calor benéfico
al frio de su vejez.
¡Cuán pesaroso!... ¡Si Dios
quisiera un milagro hacer!...

ESCENA II.

INÉS y ASTORGA, entrando por la derecha.

AST. ¡Albricias!
INES. ¿Qué ocurre?
AST. Mucho.
INES. Hable el paje.
AST. Sí hablaré,
pero ruego á vuesarcé
que preste atencion.
INES. Ya escucho.
AST. Para no causar enojos,
si á enojos amor provoca,
lo que no diga mi boca

lo escuchareis de mis ojos.
INES. No sigais.
AST. ¿Por qué razon?
INES. Si con franqueza he de hablar,
por que no os ha de prestar
oidos mi corazon.
AST. Labrais la desdicha mia.
INES. Culpad á vuestra torpeza;
donde reina la tristeza
es sarcasmo la alegria.
AST. ¿Dáisme así leve esperanza?...
INES. Hermanad con la prudencia
la paciencia, y con paciencia...
AST. Ya estoy...
INES. El cielo se alcanza.
AST. Me regocija un consuelo;
pues si paciencia me sobra,
el término de mi obra...
(Con apasionamiento.)
será entrar en vuestro cielo!
INES. ¿Insistis?... (Contrariada.)
AST. Pues lo quereis,
y la obediencia me toca,
cosida estará mi boca
si vos no la descoseis.
INES. Debo, seor paje, indicar,
y así se evita el error,
que en no hablándome de amor,
podéisme de todo hablar.
AST. ¿Sigue mejor el paciente?
INES. Como ayer.
AST. ¿No ha mejorado?
INES. Por desgracia.
AST. ¿Y á su lado
se encuentra la penitente?
INES. Ejerce la caridad,
y á ejercerla aquí ha venido.
AST. ¿Cómo la habeis conocido?
INES. ¿Quereis saberlo?... Escuchad.
El mal siempre lo comparte
con quien está el mal sufriendo,
y de limosnas viviendo,

lo que le sobra, reparte.
Su bondad es evidente,
quien la conoce la ama,
que es un ángel, á quien llama
el vulgo la penitente.
Fija su vista en el cielo,
bebe en él la inspiracion,
y es fuente su corazon
de inagotable consuelo.
En la experiencia me fundo:
hay seres privilegiados
que viviendo recatados
los conoce todo el mundo.
Cubiertos de bendiciones,
nunca olvida la memoria
á los que escriben su historia
con benéficas acciones.
De este modo, á esa mujer,
que Dios inspira sin duda
prestándole santa ayuda,
he llegado á conocer.
La fama se queda atrás,
que en cuanto escuché y escucho,
aunque de ella dice mucho,
se merece mucho más.

AST. Pláceme sobremanera
que en su lecho de dolor,
preste á mi noble señor
auxilios esa enfermera.
Vuestro enojo no provoco,
bien le atendeis y él lo sabe;
pero su mal es tan grave
que todo cuidado es poco.

INES. Dos seres hay en el mundo
por quien siente el alma mia
una ardiente simpatia,
un amor santo y profundo.
Mi padre el primero es,
pero en mi amor filial,
sabe que tiene un rival:
el muy noble Hernan Cortés.
No le importa: así pagamos

una deuda contraida.
Á Dios debemos la vida;
á Hernan Cortés que vivamos.
Que por su bien se procure,
plácenos mucho, y tememos,
no que muchos le cuidemos,
sino que Dios no le cure!

AST. Sois un ángel.

INES. Soy mujer
agradecida, y no más.

AST. Sois otra cosa ademas...
(Con intencion amorosa, á que Inés contesta con una mirada severa.)
Me callo: cómo ha de ser!
(Noto que mis esperanzas
habrán de morir en flor,
puesto que muere mi amor
de plétora de alabanzas.)
—Mi señor su testamento
durante mi breve ausencia
lo terminó?

INES. En mi presencia.

AST. Lejos estuve y lo siento.

INES. ¿Sois avaro?

AST. ¿Yo?... Qué horror!...
Limpio estoy de ese pecado.

INES. Nuevas mandas ha ordonado...

AST. (Con interés.) ¿Para quién?...

INES. Para el doctor.

AST. ¡Es muy justo!... (Aunque ese medio
yo nunca empleado hubiera,
porque si el doctor se entera
lo mata sin más remedio.)

INES. (Como recreándose en la ansiedad y codicia de Astorga.)
Tambien presente ha tenido...
á Diego Gonzalez.

AST. ¡Ya!

INES. Veinte ducados le da.

AST. Los merece.

INES. Y un vestido.

AST. Sus carnes se cubrirán,

que no es justo ni cristiano,
que use el traje de verano
que usó nuestro padre Adan.
—¿De mí se acuerda?

INES. Y de mí.

AST. Á mi señor quiero tanto,
que vierto copioso llanto
desde que enfermo le ví.
(Un hombre así, que no hay dos
de tanta fama en la historia,
debe gozar de esta gloria
y de la gloria de Dios.)
—Mi enhorabuena cumplida
os doy si os deja dotada.

INES. El dote que más me agrada
es el dote de su vida.

AST. De este mundo entre los buenos
que me cuenten es mi afan;
pero no olvido el refran:
los duelos con pan son menos.
—Alguien viene, y no es prudente...

INES. Cerrad, Astorga, la puerta
si la habeis dejado abierta.

AST. (Se dirige á la puerta derecha, y en el momento de llegar á ella, aparece Doña Beatriz, ante la cual se inclina diciendo:)
Pasad.
(Cierra y se retira por la puerta segunda izquierda cruzando la escena.)

INES. ¿Quién?... ¡La penitente!

ESCENA III.

INÉS y DOÑA BEATRIZ.

INES. ¡Doña Beatriz!
(Corriendo á su encuentro y abrazándola.)

BEAT. Buenas tardes.

INES. Impaciente os esperaba.

BEAT. ¡Cómo agradece esa prueba
de correspondencia el alma!
(Besándola en la frente.)

Ayer, cuando los umbrales
pasé de esta honrada casa,
á ser útil, Inés mia,
vine y no más.

INES. Encargada
quedareis por mí esta noche.
Llevo ya tantas veladas!...

BEAT. ¿Sigue el enfermo peor?

INES. Remedio su mal no halla.
Y qué mucho, si agobiado
por hondas penas amargas,
junta á los males del cuerpo
las heridas de su alma!
La magestad imperial,
con ingratitudes paga
los eminentes servicios
que otro tiempo le prestara.

BEAT. ¿Qué decis?

INES. Que con nobleza
en los campos de batalla
por ensanchar sus dominios
derramó su sangre hidalga;
y no es extraño que enfermo
sienta la muerte en el alma,
viendo que en este rincon
su triste vida se apaga,
el esforzado caudillo
para quien fué estrecha España.

BEAT. ¿Sirvió al noble Cárlos Quinto?

INES. Sus portentosas hazañas
relatar es imposible.
Capitanes de su talla
son el asombro del mundo
y el orgullo de su patria.

BEAT. Y el emperador...

INES. Pagóle
muy mal, é injusticia tanta
al enfermo preocupa,
viendo que la cortesana
envidia ha prevalecido
menoscabando su fama,
ó mejor dicho, intentando

sin razon menoscabarla.
BEAT. Entónces no me sorprende
el estado en que se halla,
porque habeis dicho muy bien:
si su corazon traspasa
la herida de un desengaño
que su existencia acibara,
más que los males del cuerpo
hay que temer los del alma!
INES. ¿Vos tambien?...
BEAT. Tristes memorias
el corazon me desgarran,
y una fatal coincidencia
á mi espíritu la calma
roba, mi atencion fijando
en las miserias humanas.
—Si mal no escuché, habeis dicho:
«*Capitanes de su talla*
son el asombro del mundo
y el orgullo de su patria!...
INES. Así dije.
BEAT. (Preocupada.) (¡No es posible!)
INES. ¿Qué os sucede?
BEAT. ¡Nada! Nada!
(Si fuera él... Lo repito,
no es posible!... Su desgracia
tan grande no puede ser
que asi su esplendor abata!...)
(Vuelve á escucharse la melodia del laud, la cual se extinguirá á los pocos instantes.)
¿Un laud?...

ESCENA IV.

DICHAS y ASTORGA, que se presenta en la puerta izquierda con luz.

AST. ¿Dáisme licencia?
INES. Entrad. ¿Y la noche?
AST. (Dejando el velon de cobre en la mesa.) Clara,
azul, mas fria.
INES. ¿Y le cuidan...
AST. Distraerle solo tratan,

y esa armonia parece
que sus tristezas espanta.
No en vano latinos versos
hizo escolar en el aula;
y algo quedó en el que antes
pulsó el laud que la espada.

INES. Mas, tan enfermo...

AST. Su hijo...

BEAT. (¡Dios mio!)

AST. Su capricho acata.
Le ve morir, ¿y qué otra
manera de hacer más larga
su existencia?... Le complace:
muriendo el laud abraza,
y á par que sus cuerdas vibra
el llanto á su pecho arranca.

BEAT. ¡Gran Dios!...

INES. ¿Qué os pasa, llorais?

BEAT. No os inquieteis: estas lágrimas,
la ofrenda son que á un recuerdo
tributa dolida el alma.

AST. ¿Serviros puedo?

BEAT. ¡Imposible!

INES. Dejadnos.
(Á Astorga, que se retira por la misma puerta segunda izquierda.)

BEAT. ¡Oh!... gracias! gracias!...

ESCENA V.

BEATRIZ é INÉS.

INES. Desahogad el triste pecho,
y si en el pesar que os hiere
á una amiga leal que os quiere
le concedeis el derecho
de compartir la afliccion
que el espíritu os fatiga,
llorad: yo soy esa amiga
que os quiere de corazon.
Á tanta solicitud
me obligásteis en un dia.

¡Misteriosa simpatia
del dolor y la virtud!

BEAT. ¡Pobre Inés!... Cándida flor,
que empieza á vivir apenas!
¿Qué anhelas saber de penas
ni sufrimientos de amor?
De esa aurora á los reflejos
gozad en risueña calma;
hay tempestades que al alma
hacen daño hasta de lejos!
¿Ni qué he de deciros yo
ni qué podriais comprender
del llanto de una mujer,
que ha muerto!...

INES. ¿Qué ha muerto?

BEAT. ¡Oh!
Dió al mundo su despedida.

INES. Mas, vive...

BEAT. ¡Ay! Tanto llora,
que la desgraciada ignora
si es vida vivir sin vida.

INES. ¿Tan sola en la tierra estuvo?

BEAT. Al nacer murió su madre,
y allá en la guerra su padre
siempre, ó en la córte, no hubo
ni el tierno afecto que dió
á la humanidad la vida.
Y ella, para amar nacida,
sola en el mundo se vió.
Una vez...

INES. Seguid.

BEAT. Solo una!
Y ¡ay triste! Que á Dios pluguiera
su muerte entónces; que fuera,
corona de su fortuna.
—Una tarde, como en sueños
de una delicia ignorada,
de música regalada
los sones oyó halagüeños.
Y á acordes tan seductores
una voz que conmovida,
cantaba dulce y sentida

bella cántiga de amores.
Perdió su pecho la calma
rota su cárcel estrecha,
y como vuela una flecha
voló á las rejas el alma.
Estaba allí el trovador,
su altiva frente envolvia
del astro rey que moria
el fugitivo esplendor.
Contra su pecho apretaba
el laud, y con denuedo
larga espada de Toledo
pendiente al cinto llevaba.
Por su apostura y su traje,
que loba y ropon vestia,
una infanta le hallaria
sin rival para su paje.

INES. ¿Era estudiante el cantor?

BEAT. De Salamanca.

INES. Ella...

BEAT. Era
la dulce ocasion primera
que llamaba á su alma amor,
y le rindió el albedrio.
Cual flor que tras de la noche
abre ruborosa el broche
de su cáliz al rocio.

INES. Seguid.

BEAT. Sus horas desiertas
ya encontraron más espacio;
mas un dia de aquel palacio
llamó un anciano á las puertas.
Era el conde: era su padre.
¿Qué le traia al volver?
Era á quien debia el ser,
la sombra era de su madre.
Recuerdos santos y bellos
de amor sus únicos lazos.
El conde le abrió los brazos
y ella, de amor, lloró en ellos!
—«Llora: que esposo y señor
»vengo á darte, con afan,

»dijo:—del gran Capitan
»es deudo el Comendador
»que solicita tu mano,
»á quien ayer la he ofrecido.
»Tiempo es que tengas marido
»pues ya tu padre es anciado.»—
Abismada, muda, inerte,
como por un rayo herida,
su alma oyó estremecida
esta sentencia de muerte.
Hablar quiso y tuvo miedo,
y á sus pies cayó de hinojos.
—«¿Qué respondes?»— Con enojos
el conde exclamó.—«¡No puedo!...»
Y tras esta negacion
que al honor abria un abismo,
escuchó horrible allí mismo
una impia maldicion.
Vino la noche: inquietud
tan grande jamás pasó;
oir un laud creyó,
y en vez de oir un laud,
un rumor sordo á su oido
llegó de voces y espadas,
y frases entrecortadas,
y un socorro, y un gemido!...
Bajó á la reja: temblando
los vidrios abrió, y la luna
de sangre en roja laguna
mostróle á un hombre espirando.

INES. Era el estudiante!...

BEAT. No.
¡Él corria!

INES. ¿Corria?

BEAT. Corria,
y, adios!... adios!... le decia.
Al comendador mató.

INES. ¿De celos?...

BEAT. ¡Ay, no lo sé:
y juzguen de ellos los cielos!
¿Cómo, Inés, si fueron celos
no tornó?...

(Se oyen fuera lentos, acompasados, pero fuertes, tres golpes en la puerta derecha. Los golpes se repiten un momento despues, cuando lo indica el diálogo.)

INES. Han llamado.

BEAT. ¡Qué?

(Con sobresalto, y notando avergonzada la presencia de Astorga.)

(¡Jesus!)

AST. (Que ha aparecido en la escena en el momento de sonar el primer golpe.)

Llamaron.

INES. (Á Astorga, que permanece inmóvil.) AL

¿Qué os detiene?

BEAT. (Si escuchando...)

INES. ¿No ois que siguen llamando? (Á Astorga.)

(Á Beatriz con dulzura.)

—Conmigo adentro venid.

(Vánse puerta primera izquierda.)

(Astorga, que ha llegado entre tanto junto el dintel de la puerta derecha, en la que han resonado los golpes, vuelve á detenerse en ella contemplando con maliciosa sonrisa á Beatriz, que sale con Inés.)

ESCENA VI.

ASTORGA.

¡Es ella! De llanto llenos
sus ojos, su turbacion...
No sufre así el corazon
por los dolores agenos.
Que el cielo su padecer
plegue calmar condolido.
¡Por Dios, que me ha conmovido
la historia de esa mujer!...
¡Cuán apuesto continente!
¡Es la penitente bella!...
—Perdona, Inés, mas por ella
era Astorga penitente.

(Vuelven á sonar los golpes en la puerta derecha.)

ESCENA VII.

ASTORGA, y poco despues QUIJADA.

AST. ¿Quién llama?

QUIJ. (Dentro y con enojo.) Quien entrar quiere,
¡voto á cien legiones de!...

AST. ¿Jurais?

QUIJ. ¡Buen hombre, abrid pronto!
Abridme por San Andrés!

AST. Si no temiera... (Abre.)

QUIJ. (Entrando.) Acabárais.
¡Buenas y santas!... ¡Pardiez!...
(Mirando con extrañeza el techo, paredes y movi-liario.)
He equivocado las señas
ó no me las dieron bien.

AST. ¿Quién sois?

QUIJ. Un pobre soldado,
viejo, y de nombre Miguel.
¿Qué más se os ofrece?

AST. Hablad
mas bajo si os place.—¿Á quién
buscais?

QUIJ. Yo, busco... al diablo!
¿Qué os importa?

AST. ¿Qué poneis
á que os hago, mal que os cuadre,
seor soldado, enmudecer?

QUIJ. ¡Já!... já!... já!...

AST. Salid.

QUIJ. Las paces
conmigo, rapaz, haced,
y en razon me contestad
á lo que quiero saber.
¿Quién vive aquí: el arcediano
ú el procurador del rey?

AST. Si es para hablarle, imposible,
que enfermo está; mas no es
quien vive aquí, ni arcediano
ni procurador del rey.

QUIJ. (Señalando los objetos.)
Aquel retablo, y el Cristo
que en esta mesa se ve...
AST. Prendas son que adora el alma
que en la fe alienta.
QUIJ. Así es.
AST. Ella de grandes empresas
estímulo siempre fué:
sin ella en este rincon
no existirian tal vez
para gloria del que aun vive,
y mengua de, no sé quién,
ese trofeo; que en nueva
(Señalando á las armas indias.)
conquista alcanzó la fe.
QUIJ. (Que contemplándolas un instante, corre hácia ellas.)
¡Por nuestro apóstol San Pedro
dejad que le mire bien!...
AST. (¡Qué sospecha... Dios, al cabo,
habrá tocado esta vez
el imperial corazon?...)
QUIJ. (¡Me abismo, dudo: sí, es él!...)
(Volviéndose con rapidez y asiendo de un brazo al paje, baja con él al proscenio.)
Contestad: buscando vengo
al bizarro Hernan Cortés.
Vos, le conoceis?...
AST. Le sirvo.
Está en su casa usarced.
QUIJ. (Impresionado, recorre de nuevo con una mirada la estancia, y exclama.)
Dejad que me asombre!
AST. ¿Cómo?...
¿No sois español?
QUIJ. Sí á fe.
AST. ¿Le habeis tratado?
QUIJ. Diez años
con él he servido, diez.
Con él á las Indias fuí,
el Pacífico crucé,
y voluntario en Italia
aprestéme para Argel.

AST. ¿Qué deseais?
QUIJ. ¡Por mi alma!...
Verle, abrazarle, y despues
si pobre está... (Metiendo mano á la escarcela.)
AST. ¡Seor soldado!
QUIJ. Perdonad.
AST. No ha menester...
QUIJ. Soldado, aunque viejo y rudo,
mi espada pondré á sus pies.
AST. Él llega.
QUIJ. Corro...
AST. (Deteniéndole.) Un momento.
Mirad cuál le traen: ved
que está muy grave: si súbito
ante él os mostrarais...
QUIJ. ¿Qué?
AST. Que á veces mata el pesar
ménos pronto que el placer. (Váse.)

ESCENA VIII.

QUIJADA, CORTÉS, el ABAD y MARTIN.

Cortés ha aparecido, cuando lo indica el diálogo anterior, con la faz baja; débil y penoso el paso; rodeado del Abad y D. Martin, que le prestan apoyo.

El ilustre enfermo avanza así hasta el sillon contíguo á la mesa sin notar la presencia del soldado que desde el ángulo opuesto parece contemplarlo con un dolor mezclado de asombro y respeto. Cuando ha tomado asiento, Quijada le dirige la palabra, «Señor,» y adelanta hácia él; dejando siempre una distancia conveniente entre ambos.

QUIJ. (¡Cuán mudado se encuentra? Me estremezco
su abatimiento al ver!...)—¡Señor!...
CORTÉS. (Levantando la cabeza.) ¿Quién eres?
QUIJ. Una noche, rugia embravecido
terrible el huracan; sordo zumbaba
del trueno el estampido,
del fugaz relámpago la lumbre

la oscuridad rasgaba.
El mar alzando sus soberbias olas
combatia los débiles costados
de las osadas naves españolas,
que el rumbo dirigian
á las costas de Argel. Amedrentados
los pobres tripulantes,
de angustia y pavor lleno
el antes bravo corazon sereno,
temian por instantes,
sin poder ni luchar, verse lanzados
de hondo mar en el profundo seno.
De pronto, aun más sombria
la noche se tornó. Ya de las naos
ni aun la forma se via.
Negro el mar, negro el cielo, parecia
que iba á volver el universo al caos.
Rasgóse el firmamento:
horrible exhalacion cruzó incendiaria,
y en el mismo momento
se oyó una imprecacion y una plegaria.
El rey seguia con empeño ansioso
la maniobra... y vos, vos, casi ahogado
en mis brazos...

CORTÉS. (Que se habrá levantado despnes de una creciente exaltacion.)
¡Sí!... sí!... Dios poderoso!
Eres tú el esforzado
que de la mar airada
me salvó?...

QUIJ. Sí: yo soy Miguel Quijada.

CORTÉS. ¡Un abrazo Miguel!

QUIJ. ¿Cómo os encuentro
solo, señor, y enfermo y abatido?

CORTÉS. ¡Mudanzas de la suerte!

QUIJ. ¿La suerte contra vos?

CORTÉS. ¡Dios lo ha querido!...
Yo, codicioso de grandeza y gloria,
empresas de Titan más que de hombre
mil veces llevé á cabo,
porque un dia la historia
consagrase una página á mi nombre.

Yo la idea de Dios á un pueblo esclavo
llevé tambien. Por mí de Cárlos Quinto
hoy el poder asombra á las naciones,
y por mí su corona
hoy cuenta más estados que florones.
¡Y todo ha sido en vano!
La envidia, la procaz maledicencia,
la ingratitud, en fin, del soberano...

QUIJ. ¿Acudisteis al rey?

CORTÉS. He acudido
una, dos y más veces.
(Señalando un pliego sobre la mesa.)
Hoy mismo, este escribia
último memorial, no concluido.

QUIJ. ¿Y el rey?...

CORTÉS. Mira.
(Manifestando la soledad en que vive.)
Cortés, aquel que un dia
de Méjico señor, ganó un imperio,
y preteccion á reyes concedia,
hoy casi sin sustento y sin abrigo
implora en un papel que el llanto baña
la mezquina limosna del mendigo.
¡Baldon y mengua para el rey de España!

QUIJ. No es, señor, el monarca
el envidioso vil de vuestra gloria
que el mundo llena y su extension abarca.
No es el monarca, no. Como vos, héroe,
glorioso como vos, su nombre, sabe
que de este mundo en la extension no cabe.
Mendoza...

CORTÉS. ¡Miserable!

QUIJ. Aprovechando
la enfermedad horrible que os aqueja,
dice que sois inútil para el mando,
que sin vigor la enfermedad os deja.

CORTÉS. ¡Dios de Dios! ¿Sin vigor? Igual que un dia
cayó Guatimozin, hoy al impulso
de mi brazo caeria
quien tal calumnia contra mí propala.
¡Vive Dios! ¡Todavia
soy el Cortés de Otumba y de Tlascala!...

¿Inútil yo?...
(Corre al trofeo, y descolgando un hacha, baja con ella líbido y descompuesto.)
Ve y dile al soberano [mano
que aun vive Hernan Cortés, y que aun su
(El esfuerzo agota las fibras del enfermo. Vacila, quiere resistir, y no es posible. Entónces, notando su impotencia, con el último violento esfuerzo rompe el arma, que arroja lejos de sí, volviendo al sillon desalentado. Estúdiese.)
rompe pujante la ferrada maza
que los dobles arneses despedaza!

QUIJ. Así, señor, así; mostrad el fuego
que en vuestras venas generosas arde.
Yo al monarca veré, yo con mi ruego
lograré para vos...

CORTÉS. (Casi postrado.) Miguel, ya es tarde.

QUIJ. No: acabad vuestro pliego,
yo haré que llegue al rey.

CORTÉS. Miguel querido,
te engaña la amistad; fuí respetado
cuando un reino les dí, mas hoy que pido,
mi gloria y mi valor dan al olvido.
Son hombres, no los culpo.

QUIJ. La desgracia
amortigua la fe de vuestro pecho.
Acabad de escribir y...

CORTÉS. Terco eres,
mas puesto que lo quieres,
á terminar mi instancia me decido.
No dirás que no he hecho
el único favor que me has pedido.
—¿Dónde íbamos, Martin?—Mas levantado
estais, señor?.... (Al Abad.)

ABAD. Seguid.

CORTÉS. ¡Ay, cuánto os debo!

ABAD. No digais tal.

CORTÉS. Mirad si resignado
mis pesadumbres y dolores llevo.
(Durante estas últimas frases, Martin ha tomado asiento junto á la mesa, frente á Cortés, disponiéndose á continuar la escritura del memorial comenzado.)

MARTIN. (Leyendo.) [1] «El marqués del Valle suplica á »Vuestra Magestad se acuerde...» (Cortés le hace seña de que pase adelante, que vaya solo á lo que importa; y Martin continua.)

MARTIN. «Sujetó en Nueva España á la corona real »muchas provincias, cibdades, villas é luga- »res, las que no gobernó, por darlas Vues- »tra Majestad á quien fué servido. Por tan- »tos servicios, el veinte y nueve en Toledo, »Vuestra Majestad le hizo merced del títu- »lo de marqués...»

CORTÉS. (Interrumpiendo)
¡Que no quise aceptar, porque creia
que no era á mis méritos bastante,
que otra paga el servicio merecia!
Y el rey me contestó... Sigue adelante.

MARTIN. (Continúa.) [2] «*Lo que os doy, no es, ni vos lo re- »cibais por final paga de vuestros servicios, »porque yo no estoy informado de las cosas de »allá, y entre tanto quiero me haber con vos co- »mo los que se muestran á jugar á la ballesta, »que los primeros tiros dan fuera del terrero, »y de allí enmiendan hasta dar en él.—Y pues »fasta tanto no se os quita ni se os ha de qui- »tar nada de lo que teneis, recibid lo que ago- »ra os doy en patrimonio, porque parezca que »comienzo á haceros alguna merced.—Y en- »tónces aceptó.—Mas fué á Nueva España, y »no solo no le cumplieron la dicha merced, »sino que le quitaron algo de lo que tenia.*— »Por mandato de Vuestra Majestad, abaste- »ció muchos navios, gastando en ello más »de ciento veinte mil ducados, que no le »pagaron, aunque Vuestra Majestad decia »que habia dado órden para ello.—Item.

---

1 Histórico. Copiado del que existe en el archivo de Indias de Sevilla. Puede verse tambien en la *coleccion de documentos inéditos para la historia de España,* publicada por Sainz de Baranda y Navarrete.

2 Lo que va en bastardilla se suprime en la representacion.

»Enviando á estos reinos por su familia, y
»para esto treinta mil y tantos castellanos
»de oro, Vuestra Majestad tuvo á bien ser-
»virse de ellos, recibiendo el dicho marqués
»cartas de Vuestra Majestad, en que ofrecia
»no olvidar nunca el servicio, obligándos
»á pagarlo.»

QUIJ. (Interrumpiendo.)
Perdonadme, señor; mas esas citas
de cartas de gran precio,
do prueba tal y obligacion se marca...

CORTÉS. Las tengo yo, Quijada; y del monarca
deben estar en la conciencia escritas.

MARTIN. (Siguiendo.) «Ni de esto ni de nada ha tenido
»paga ni recompensa.—*Item. Por proseguir*
»*su intento, que ha sido siempre dilatar y*
»*acrecentar el nombre y patrimonio real por to-*
»*do el mundo, tomó cierto asiento con Vuestra*
»*Majestad para descubrir á su costa nuevas*
»*tierras. Mandó construir cinco armadas, en*
»*que se gastó doscientos cuarenta mil y tantos*
»*ducados.*—Puso su persona en grave peligro
»de muerte, y vió morir en la demanda deu-
»dos suyos cercanos, é muchas personas ami-
»gas. Y habiendo descubierto algunas tier-
»ras, el virey le intimó no prosiguiese so-
»pena de cincuenta mil castellanos y la
»persona á disposicion de Vuestra Majes-
»tad.—Vino á estos reinos á pedir remedio
»á tantos agravios; Vuestra Majestad estaba
»en Alemania ó Flandes, y esperó.—Vues-
»tra Majestad á poco fué sobre Argel, y no
»pareciéndole bien estarse quedo y no mar-
»char donde su rey iba, fué, y no ménos
»proveido ni el que ménos gastó de los que
»fueron.»

CORTÉS. Prosigue.

MARTIN. Ahora que noteis espero.

CORTÉS. ¡Estoy tan abatido!...

ABAD. Un esfuerzo.

QUIJ. Valor.

CORTÉS. Sí, lo he ofrecido.

Pedid al cielo que no sea el postrero.
«Otros muchos servicios, y no de menor cali-»dad, pudiera hacer presente, pero los calla »por no dar pesadumbre á Vuestra Majestad, y »porque de ellos gran parte son que particular-»mente tocaban á su persona y son notorios.—
»Por tanto, señor, á Vuestra Majestad su-»plica que no permita que los agravios que »se le han hecho, pasen sin restitucion de »sus daños y gobernacion de lo que con-»quistó, como todos los demas que con-»quistaron, pues no deja de ser una afren-»ta, porque el vulgo sospeche que siendo »sus servicios tan notorios, haya con él es-»ta novedad.»

(Cortés pronuncia las frases últimas con gran desfallecimiento y pena; deja caer su cabeza sobre el respaldo del sillon; y Martin que le observa, suelta la pluma, y levantándose exclama:)

MARTIN. (¡Gran Dios!)
ABAD. ¡Señor!...
QUIJ. Firmad por vuestra vida.
CORTÉS. (Con profunda melancolia.)
¡Triste vida en verdad!
QUIJ. (Á Martin.) Dadle la pluma.
ABAD. ¿Qué sentis?
QUIJ. (Mostrándole el memorial y la pluma que Martin le ha dado.)
¡Oh! firmad!
CORTÉS. Que va de huida
la pobre vida que el pesar abruma!...
¡Qué tarde!... (Mirando con fijeza á Quijada.)
MARTIN. (Señalando el sitio donde ha de firmar.)
Aquí.
CORTÉS. Cuando la noche avanza,
la noche del no ser!... ¡Ay!...
MARTIN. ¡Padre amado!...
ABAD. Dios es grande, señor.
CORTÉS. ¡Dulce esperanza!...
ABAD. No la dejeis morir: que no sucumba
ese aliento esforzado.
Aun junto á vos se aspira hácia la gloria.

Sobre el hombre está Dios, y está la historia
más allá de la nada de la tumba!

CORTÉS. ¡Dios... si, si!...
QUIJ. ¡La gloria!
CORTÉS. Esperanza vana.
ABAD. Por Dios, firmad.
MARTIN. Por mí.
QUIJ. ¡Por todos!
CORTÉS. (Rehaciéndose, suspira, ase una mano á Martin, y dirigiéndole una mirada expresiva, dice:)
¡Sea! (Firma.)
QUIJ. (Toma el memorial que Cortés mismo le ofrece con temblorosa mano, que estrecha entre la suya.)
¡Bien, señor! Esta noche, cuando ufana
Sevilla en su recinto, que de flores
alfombran sus leales moradores,
á Cárlos Quinto su monarca vea,
y entre el aplauso popular, contento
que, fácil es concibo
el paso cierre á su triunfal carrera,
llegaré á su carroza:
dejaré oir mi acento:
y firme el pie sobre el dorado estribo,
justicia pediré. De tal manera
que por la cruz os juro de mi espada
respuesta os volveré muy lisongero.
¡Que no fuera el monarca caballero
ó durara yo ser Miguel Quijada!
(Sale por la puerta derecha.)

ESCENA IX.

DICHOS, ménos QUIJADA.

CORTÉS. (Despues de algunos instantes de silencio y como ensimismado.)
¡Convertidas muy en breve
ha de ver sus esperanzas
en funestos desengaños!
¡La atmósfera cortesana
con su maléfico influjo
no ha corrompido su alma,

y presume que ha de ser
atendida su demanda!...
Es justa, y basta con esto
para que sea rechazada.
Ser fiel al emperador;
verter en tierras lejanas
la sangre, para aumentar
el esplendor de la patria;
ser español, como debe
serlo el que nació en España,
madre del Cid, de Gonzalo,
de Guzman, cuyas hazañas
atónito el mundo admira;
no transigir con la infamia,
rechazando con nobleza
acciones torpes, villanas;
son culpas que no perdonan
esos próceres que arrastran
su dignidad por el lodo;
plantas ruines, parásitas,
que viven de los favores
que les arroja el monarca;
que, envidiosos, con la envidia
y á traicion, hieren y matan,
menoscabando la gloria
de su ascendencia preclara,
y que á manchar sus blasones
toda su vida consagran!

ABAD. Calmaos, señor.

MARTIN. Padre mio,
esa agitacion os daña.

CORTÉS. (Esclavo de la idea que le preocupa.)
¡Qué cándida es la nobleza
del noble Miguel Quijada!
No obstante, la que á él le sobra
á muchos nobles le falta.
Es verdad que estos la hubieron
por herencia, y con la espada
en los mares de las Indias
él ha sabido ganársela.

ABAD. Señor...

CORTÉS. (Como volviendo en sí.) Me siento abatido.

Fray Zaldivar, quebrantadas
mis fuerzas, siento que muere
con mi vida mi esperanza.
¡Morir!... ¡morir!!... Cuando aun puede
mi mano empuñar la espada...
Cuando inmensos horizontes
ante mi vista se ensanchan,
en donde nuevas empresas
pudieran ser realizadas!...
¡Morir en este recinto,
en donde el aire me falta!
¡Morir lejos del estruendo
de los campos de batalla,
contra innúmeros contrarios
blandiendo robusta lanza!
¡Morir, sin hallar la tumba
en una sangrienta charca,
dando ejemplo con mi muerte
á los héroes que batallan
con sublime abnegacion
por su Dios y por su patria....
¡Oh, señor! ¡Cómo es posible,
que á traicion con su guadaña,
la vida de Hernan Cortés,
hiera aquí la horrible parca!

ABAD. ¡Calmaos!—Mayores daños
que la enfermedad, os causa
la inquietud que os atormenta.

MARTIN. El doctor cerca se halla:
¿quereis que le llame?

CORTÉS. Inútil
de la ciencia la eficacia
es ya, Martin. Por instantes
mi pobre vida se apaga.
(Va á levantarse y cae en el asiento casi falto de fuerzas; prueba á incorporarse de nuevo, y entónces se le acerca Martin ofreciéndole un apoyo en su brazo.)

MARTIN. Apoyaos en mi brazo.

ABAD. ¿Dónde vais?

CORTÉS. Junto á la cama.
(Mirando el lecho

Más que cama hoy me parece
una tumba improvisada.
(Vuelve sentarse.)
¡Hijo mio, no te aflijas;
Dios el término señala
de la carrera del hombre:
si mi existencia se acaba
más que el médico del cuerpo
he menester el del ánima.
Rindo un culto merecido
á la religion cristiana
y en mi angustioso quebranto
ella me dará la calma.
(Con ternura.)
—Ven y estrecha el seno mio!...

MARTIN. ¡Padre!

CORTÉS. ¡Martin!...
(Momento de solemne silencio. Despues, deshaciéndose de los brazos del hijo, y como sobreponiéndose al dolor, dice, señalándole al propio tiempo la puerta segunda izquierda, por la que desaparece Martin, obedeciendo el mandato paterno.)
¡Basta!... Basta!...
Fray Zaldivar, no el soldado,
el hombre está á vuestras plantas;
(Cortés va á arrodillarse y el Abad no lo permite.)
el hombre que á Dios le pide
el auxilio de su gracia.

ABAD. Él solo puede inspirarnos
santo amor, santa esperanza:
podeis hablar: yo en su nombre
escucho vuestras palabras.

ESCENA X.

CORTÉS y el ABAD.

CORTÉS. (Revelando la fatiga á medida que habla.)
En tan solemne ocasion
débilmente y con torpeza,
no va á hablaros mi cabeza,
va á hablaros mi corazon.

Con esto os hago notar,
que aunque causen mi tormento,
son frases de sentimiento
las que voy á pronunciar. (*Ligera pausa.*)
Sin que nada al hombre asombre,
amar, sufrir desengaños,
en los juveniles años,
esta es la historia del hombre.
(*Con profundo sentimiento.*)
Una flor mucho más pura
que la gota del rocio,
hizo esclavo mi albedrio
de su mágica hermosura.
No es extraño si la amé,
que su recuerdo me abrume:
yo su cándido perfume
con loco afan aspiré!
Símbolo de mi alegria
privándome del reposo
fué el secreto misterioso
de mi indomable energia.
Por ella gloria anhelé,
por ella fama adquirí,
por ella á Méjico fuí...
vine á España... y no la hallé!
Aquí su recuerdo fijo,
mi pobre existencia labra!...
Señor, en una palabra:
fué la madre de mi hijo!

ABAD. ¿De don Martin?

CORTÉS. Él ignora
(*Cada vez más penoso el esfuerzo con que habla.*)
su nombre y su condicion:
es noble, y su corazon
virtudes mil atesora.

ABAD. ¿Y vive?

CORTÉS. (*Dando á sus frases la mayor energia que pueda, teniendo presente su situacion.*)
De ella recibe
su vida la vida mia.
Si no he muerto todavia
esto prueba que ella vive!

su paradero inquirí:
pero inútil fué mi anhelo;
sin duda le plugo al cielo
castigar mi falta así.
Quién es, antes que sucumba
voy, señor, á revelar,
pues no me debo llevar
este secreto á la tumba.
(Desde este momento, su postracion casi le permite hablar. Sus frases han de salir de sus labios entrecortadas.)
Al hacer mi confesion
remiso se encuentra el labio,
pues parece que un agravio
vá á hacerle á mi corazon.
Mas si de mi vida el fin
ya se acerca, como veis,
cuando muera, le direis
á mi hijo don Martin
que yo, Hernan Cortés, su padre,
mi nombre y fama le cedo...
(La fatiga le corta la palabra.)

ABAD. ¡Ánimo, señor!...

CORTÉS. (Con pena.) ¡No puedo!...

ABAD. Acabad.

CORTÉS. Y que su madre...
es...

ABAD. ¡Un esfuerzo!... (¿Qué miro?
¡su palidez se acrecienta!)
¡Cortés!

CORTÉS. Mi fatiga aumenta
la angustia con que respiro.

ABAD. ¡Hola! (Llamando.)

ESCENA XI.

LOS MISMOS y DOÑA BEATRIZ, INÉS y ASTORGA.

ABAD. Llamad al doctor
(Á Astorga, que se dispone á salir; pero se detiene al oir las primeras frases de Cortés.)

CORTÉS. Es en vano... Cuando acuda...

Si Dios no me presta ayuda...
seré un cadáver!...
(Inclinando la cabeza.)

INES. (Acercándosele llorando y asiéndole una mano.)
Señor!...
(¡Se encuentra helada su mamo!...

CORTÉS. (Murmurando las frases.)
¡Vivir!... ¡inútil deseo!...

BEAT. (Que habrá avanzado hácia Cortés.)
¡Ah!... ¡no me engaño!... ¡Qué veo!...
¡vive! ¡es él!... ¡Dios soberano!...

ABAD. (¿Qué dice?...)

BEAT. ¡Hernando!... (¡Infeliz!...)

CORTÉS. (Incorporándose cuanto deben permitirle sus fuerzas.
¿Hernando?... ¿Quién me ha llamado,
que su acento ha resonado
en mi corazon?... ¡Beatriz!!
¡Es posible! ¡Vuelvo á verte!...
¡Oh! no!... ¡Debo delirar!...

BEAT. (Con desesperacion dolorosa.)
(Y no poderlo arrancar
de los brazos de la muerte!...)
(Cae desfallecida á los pies de Cortés.)

CORTÉS. ¡Padre...
(Cortés se dirige al Abad como para revelarle que aquella Beatriz es la mujer de quien antes habló. Pero cambia repentinamente de idea; estremecido al sentir que abrazan sus rodillas y gimen y lloran á sus pies, y llama al hijo.)
—No!... ¡Martin! ¡Martin!...
—¡Calmad, oh señor, mi duelo;
por qué si la vida anhelo
mi vida toca á su fin?
(El hijo aparece en la segunda puerta izquierda.)
¡Hijo!!

ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS y MARTIN.

MARTIN. ¡Señor!
CORTÉS. Si de un padre
te priva la muerte airada,
la que está á mis pies postrada...
ven, y abrázala... es tu madre!...
MARTIN, ¿Qué decis? ¡madre!!...
BERT. (Partiendo el grito del alma y corriendo á abrazarla.)
¡Hijo mio!!
CORTÉS. (Tendiéndoles los brazos.)
Venid, y en vuestro quebranto,
preste calor vuestro llanto
á un corazon que está frio!
BEAT. ¡Señor!
CORTÉS. (Más abatido que nunca.)
¡Ay!... Dejad que exhale
así mi aliento postrero,
que ya otra dicha no espero
(Con agonia.)
que á esta inmensa dicha iguale!
Alzad á Dios la oracion...
á Él mi espíritu le entrego!...
Dadme, padre, yo os lo ruego...
vuestra santa bendicion!...
(Cortés inclina la cabeza y espira en los brazos de Beatriz, que sin fuerzas para sostenerle, no puede evitar que caiga al suelo. Todos se arrodillan: Beatriz á la derecha, y á su espalda Astorga; Martin á la izquierda; y el Abad en el centro. Inés va á pospostrarse ante el retablo que sostiene el reclinatorio. Estúdiese el cuadro)
ABAD. ¡Orad!
(Momentos de silencio, que viene á romper el eco lejano, casi perdido, de unn campana que repica. Mucha discrecion y ensayo en esto.)
(Levantándose.) ¿Qué extraño rumor?...
AST. (Que se ha quedado suspenso un instante, corre á la puerta derecha, la abre rápidamente, aplica e

oido y exclama:)
El toque de esa campana
es de Sevilla, que ufana
saluda al emperador.

ABAD. (Con una amargura profunda.)
De los aires al través
llega el eco á este recinto:
allí vive Cárlos Quinto!...
¡Aqui ha muerto Hernan Cortés!!

Telon.

CENSURA DE TEATROS DEL REINO.

Examinado este drama (muy bien escrito), no hallo inconveniente en que su representacion se autorice.

Madrid 11 *de Setiembre de* 1867.

El censor de teatros,
NARCISO S. SERRA.

PUNTOS DE VENTA Y COMISIONADOS PRINCIPALES.

PROVINCIAS.

Albacete.	S. Ruiz.
Alcalá de Henares.	Z. Bermejo.
Alcoy.	J. Martí.
Algeciras.	R. Muro.
Alicante.	Viuda de Ibarra.
Almagro	A. Vicente Perez.
Almería.	M. Alvarez.
Andújar.	D. Caracuel.
Antequera.	J. A. de Palma.
Aranjuez.	D. Santisteban.
Avila.	S. Lopez.
Avilés.	M. Roman Alvarez.
Badajoz.	F. Coronado.
Baeza.	J. R. Segura.
Barbastro.	G. Corrales.
Barcelona.	A. Saavedra, Viuda de Bartumeus y I Cerdá.
Bejar.	P. Lopez Coron.
Bilbao.	E. Delmas.
Búrgos.	T. Arnaiz y A. Hervias.
Cabra.	B. Montoya.
Cáceres.	J. Valiente.
Cádiz.	V. Morillas y Compañia.
Calatayud.	F. Molina.
Canarias.	F. Maria Poggi, de *Santa Cruz de Tenerife.*
Carmona.	J. M. Eguiluz.
Carolina.	E. Torres,
Cartagena.	J. Pedreño.
Castellon.	J. M. de Soto.
Castrourdiales.	L. Ocharán.
Ceuta.	M. Garcia de la Torre.
Ciudad-Real.	P. Acosta
Córdoba.	M. Muñoz, F. Lozano y M Garcia Lovera.
Coruña.	J. Lago.
Cuenca.	M. Mariana.
Ecija.	J Giuli.
Ferrol.	N, Taxonera.
Figueras.	M. Alegret
Gerona.	F. Dorca.
Gijon.	Crespo y Cruz.
Granada.	J. M. Fuensalida y J. M. Zamora.
Guadalajara.	R. Oñana.
Habana.	M. Lopez y Compañia.
Haro.	P Quintana.
Huelva.	J. P. Osorno:
Huesca.	R. Guillen.
Irun.	R. Martinez.
Játiva.	J. Perez Fluixá.
Jerez.	F. Alvarez de *Sevilla.*
Las Palmas (Canarias)	J. Urquia.
Leon.	Miñon Hermano.
Lerida.	J. Sol é hijo.
Linares.	R. Carrasco.
Logroño.	P. Brieba.
Lorca.	A. Gomez.
Lucena.	J. B. Cabeza.
Lugo.	Viuda de Pujol.
Mahon.	P. Vinent.
Málaga.	J. G. Taboadela y F. de Moya.
Manila (Filipinas).	A. Olona.
Mataró.	N. Clavell.
Mondoñedo.	Viuda de Delgado.
Montilla.	D, Santolalla.
Murcia.	T. Guerra y Herederos de Andrion.
Ocaña.	V. Calvillo.
Orense.	J. Ramon Perez.
Orihuela.	J. Martinez Alvarez.
Osuna.	V. Montero.
Oviedo.	J. Martinez.
Palencia.	Hijos de Gutierrez.
Palma de Mallorca.	P. J. Gelabert,
Pamplona.	J. Rios Barrena.
Pontevedra.	J. Buceta Solla y Comp.
Priego (Córdoba.)	J. de la Cámara.
Puerto de Sta. Maria.	J. Valderrama.
Puerto-Rico	J. Mestre, de *Mayagüez.*
Requena.	C. Garcia.
Reus.	J. Prius.
Rioseco.	M. Prádanos.
Ronda.	Viuda de Gutierrez,
Salamanca.	R. Huebra.
San Fernando.	R. Martinez.
S. Ildefonso (La Granja)	J. Aldrete.
Sanlúcar.	I. de Oña.
San Sebastian.	A. Garralda
S. Lorenzo. (Escorial.)	S. Herrero.
Santander.	C. Medina y F. Hernandez.
Santiago.	B. Escribano.
Segovia.	L. M. Salcedo.
Sevilla.	F. Alvarez y Comp.
Soria.	F. Perez Rioja.
Talavera de la Reina.	A. Sanchez de Castro.
Tarazona de Aragon.	P. Veraton.
Tarragona.	V. Font.
Teruel.	F. Baquedano.
Toledo.	J. Hernandez.
Toro.	L. Poblacion.
Trujillo.	A. Herranz.
Tudela.	M. Izalzu.
Tuy.	M. Martinez de la Cruz.
Ubeda.	T. Perez.
Valencia.	I, Garcia, F. Navarro y J. Mariana y Sanz.
Valladolid.	D. Jover y H. de Rodrigz.
Vich.	Soler, Hermanos.
Vigo.	M. Fernandez Dios.
Villanueva y Geltrú.	L. Creus.
Vitoria.	A Juan.
Zafra.	A. Oguet.
Zamora.	V. Fuertes.
Zaragoza.	L. Ducassi, J. Comin y Comp. y V. de Heredia.

MADRID.

Librerias de la VIUDA É HIJOS DE CUESTA, y de MOYA Y PLAZA, calle de Carretas; de A. DURAN, Carrera de San Gerónimo; de L LOPEZ, calle del Cármen, y de M. ESCRIBANO, calle del Príncipe.

